



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# CHICAS FELIZMENTE CASADAS

## EDNA O'BRIEN

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ

  
errata naturae

*Para Ted Allan*

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2015  
TÍTULO ORIGINAL: *Girls in Their Married Bliss*

© Edna O'Brien, 1986  
Published by arrangement with Farrar, Straus and Giroux, LLC, New York  
© de la traducción, Regina López Muñoz, 2015  
© Errata naturae editores, 2015  
C/ Maestro Arbós 3, 3º, despacho 310  
28045 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217- 85-5  
DEPÓSITO LEGAL: M-36076-2014  
CÓDIGO BIC: FA  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada  
para Inmedia (Cáceres)  
DISEÑO DE PORTADA: Nuria Zaragoza  
IMAGEN DE PORTADA: © Pryke/Express/Getty Images  
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Hace poco nos lamentábamos Kate Brady y yo, mientras tomábamos unos tristes *gin fizz* en un bar del centro de Londres, de que nada nunca iría a mejor en nuestras vidas, de que moriríamos en el mismo estado en que nos encontrábamos: bien alimentadas, casadas, insatisfechas.

Siempre hemos sido amigas; de niñas, en Irlanda, dormíamos juntas y yo solía empujarla para que se cayera de la cama con la esperanza de que se partiera la crisma. Me caía muy bien y todo eso (por supuesto, le tenía unos celos mortales), pero era demasiado tranquilona, demasiado buenaza; ya sabéis, esa bondad inútil que consiste en preguntarle a la gente cómo está y qué tal sus padres. En la escuela me escribía las redacciones, y en el internado nos mantuvimos muy unidas porque las otras ochenta niñas eran aún más ñoñas que ella, que ya es decir. Cuando nos largamos del internado fuimos a parar a un cuchitril de mala muerte forrado de linóleo, en Dublín, y luego recalamos en otro tugurio aquí en Londres, donde, en un periodo de año y medio, nos invitaron a tres cenas como Dios manda a cada una, lo cual se tradujo en seis

cenar por cabeza, porque habíamos acordado que cada vez que a una la invitaran a salir debía traer comida para la Cenicienta. La de bolsos que estropeé por culpa de esa norma...

No llevábamos ni un año aquí cuando Kate se reencontró con Eugene Gaillard, un cascarrabias a quien había conocido en Irlanda. Retomaron las relaciones, se enamoraron —o eso decían ellos— y no tardaron en airearlo a los cuatro vientos. La boda se celebró en la sacristía de una iglesia católica. Tuvo que ser así; no podrían haberse casado en el altar porque él estaba divorciado y ella iba preñada hasta la boca. Yo fui dama de honor: me puse un pañuelito rosa de gasa y un sombrero con velo que me costearon ellos. Parecía yo la novia. Kate llevaba un vestido premamá de rayas, muy holgado, y tenía un aspecto más aniñado que nunca. Es de esas mujeres que siempre tendrá cara de no haber roto un plato, aunque tuviese a su madre encerrada en un armario. El cura no le miró la tripa ni una sola vez.

Cuando salimos, Eugene nos metió prisa para que subiéramos al coche; me extrañó, porque él es el típico tiquismiquis que se pone a dar mil y una instrucciones antes de permitirte que te montes en su coche: «No apoyes los pies en el estribo; no reclines tanto el asiento; no alcances tanto el otro asiento». Todo para darse importancia... Pues bien, esta vez salió disparado, como si condujera un bólido, y para colmo riéndose a carcajadas, cosa nada propia de él. «¿Qué pasa?», le pregunté. «Que el buen pa-

dre se va a llevar una sorpresita», me dice, y entonces Kate exclamó: «¿Qué?», igualito que una señora esposa.

Al parecer, en el sobre que le había entregado al cura había metido, en lugar de las veinte libras que costaba la ceremonia, un billetillo anaranjado de diez chelines irlandeses acompañado de varios rectángulos de papel para que el sobre abultase más. Al oír esto, Kate se enfadó muchísimo y se le puso la cara toda colorada. Eugene le echó en cara que era una aldeana y que lo seguiría siendo toda su vida, a lo que ella replicó que él era tan tacaño que no le dejaba comprar la canastilla para el bebé. Fue una indirecta, porque él había estado casado antes y todavía tenía guardado un cochecito y los picos de su otra hija. Eugene le dijo que no tenía educación ninguna, y que si se iba a poner grosera mejor se bajara del coche. Insistió en que donaría las veinte libras a una organización menos dañina, y ella le contestó: «Muy bien, pues hazlo; párate junto a alguna pobre mujer y dale veinte libras», pero él se mantuvo muy tieso, agarrado al volante, y se fue directo a un restaurante muy mediocre del Soho donde desayunamos sin mucho jolgorio y bebimos una botella de vino espumoso; a él le gustó tanto que se guardó la etiqueta mojada en la cartera para no olvidarse de la marca. ¡Para la próxima boda! Kate le puso cara larga, y a mí no me hizo ninguna gracia el chiste.

Se fueron a vivir al campo en cuanto nació el niño, y por esa época Kate me escribió una carta que todavía tengo guardada. No sé por qué no la he tirado. Decía:

*Querida Baba:*

*Estamos en un valle que da a una colina plagada de helechos dorados, y en los árboles, que empiezan a echar brotes, están anidando muchos pajarillos. Tenemos una casa gris de piedra con tejas de pizarra. Por dentro hay vigas de madera y las paredes son encaladas, y tenemos jarrones por todas partes; las planchas del suelo crujen mucho, y Eugene me quiere. Es muy emocionante tener un hijo y estar en un valle y sentirse amada; es más maravilloso que todas las cosas que tú y yo hayamos podido experimentar en nuestros tiempos mejores.*

*Con cariño,  
Kate*

¡«Con cariño, Kate»! Por aquella época yo era muy infeliz. Habría sido más apropiado un «Sin cariño, Kate». Esa misma noche me puse mis mejores galas y fui a un club irlandés. Quiso la casualidad que conociera a mi constructor.

Se llamaba Frank y andaba despilfarrando dinero y contando chistes a toda la parroquia. Reproduciré aquí uno de aquellos chistes, para que os hagáis una idea de lo falta de cariño que yo estaba: dos hombres vestidos como para ir de caza van con una mujer descomunal; ¿qué le dice uno al otro? «Una buena pieza». Cuando el personal va borracho se ríe de lo que haga falta, siempre y cuando no ande discutiendo o a puñetazo limpio.

Total, que esa noche me acompañó a casa, me ofreció dinero (siempre se siente en la obligación de ofrecer dinero a la gente que le va a negar algo) y preguntó si me parecía un hombre educado. ¿Educado? Era un tipo grandote y basto con el pelo grasiento y las cejas unidas. Así que le contesté: «Cuídate del cejijunto, pues en su corazón anida la argucia». ¡Y, bendito sea Dios, la siguiente vez que nos vimos se había depilado los pelillos que le quedaban por encima de la nariz rota! Es tan corto de entendederas que no comprendió que precisamente lo importante era que tuviera las cejas juntas. Corto de entendederas, aunque de buen corazón. Las personas así de vulnerables siempre tienen buen fondo —al menos, así lo veo yo—. Otra cena. Dos cenas en una misma semana y un ramo de flores. Lo primero que pensé al verlas fue que podría revenderlas por separado, así que se las ofrecí a las chicas que vivían en los cuartos de arriba y de abajo; dijeron todas que no, salvo una cretina que quiso comprarlas. Cuando la muchacha fue a sacar el monedero tuve un arranque de avaricia y le dije: «Toma, sólo te vendo la mitad», y así fue como me quedé con medio ramo. Cuando esa noche vino a recogerme, Frank contó las flores que yo había colocado en una lata de pintura, a falta de jarrón. Y no os vais a creer lo que hizo: ¡cogió y telefonó a la floristería para quejarse de que lo habían timado! Tendríais que haberlo visto despotricar en el teléfono del pasillo, repitiendo que él había encargado tres docenas de rosas de Armagh y que eran unos canallas y que acababan de perder un cliente. Y yo allí, en el cuarto de al lado,

mordiéndome la lengua para no morirme de risa. «Puede que no seas muy educado», le dije, «pero eres un comerciante nato. Llegarás lejos». Al final el florista mandó más rosas y yo tuve que comprar en Woolworths un jarrón de plástico de dos chelines, porque sabía que la lata de pintura se volcaría si le ponía una sola rosa más.

Me sorprendió que no me propusiera que nos acosásemos hasta al menos la sexta cena. No sabía si tomármelo a mal. La noche en que por fin sacó el tema iba borracho como una cuba, y mi helada choza no tenía nada de nidito de amor. Las rosas se habían marchitado, pero no las había tirado aún, y mi cama era tan pequeña que los pies se le salían del colchón. Me tumbé a su lado (sin deshacer la cama, sobre el edredón) con la ropa puesta. Naturalmente, Frank me rompió la cremallera cuando estaba trasteando con ella, y yo me dije: «Espero que me deje dinero para el arreglo, aunque da lo mismo: por mucho dinero que me dé, me haría falta un título para poder arreglarla, de lo complicado que es coser una cremallera». Estaba segura de que la cama iba a desplomarse. En esa clase de situaciones uno siempre sabe cuándo la cama no va a resistir. Total, que al final consiguió bajarme la cremallera y cuando me quedé en camiseta interior (hacía un frío que pelaba) me pasó los dedos por la tripa, que empezaba a crecer por culpa de las comilonas, las salsas y demás. Me di cuenta de que yo debía hacer lo mismo, así que lo desvestí un poco hasta que llegué a la piel y ¡sorpresa! Tenía la piel suave, nada que ver con su cutis rugoso. Se animó con el manoseo, al principio con an-

sia, hasta que se quedó traspuesto. El manoseo y las cabezadas se repitieron varias veces hasta que al final me preguntó: «¿Cómo se hace?», y en ese momento comprendí por qué no había intentado nada hasta entonces. Ay, estos irlandeses: especialistas en batallas, asedios y masacres, pero desastrosos en la cama. De todos modos, me lo veía venir. Eso lo hizo cien veces más apetecible que a la mayoría de los depredadores con los que había salido anteriormente, que esperaban que yo les pagase el cine, me violaban en la última fila y luego se me metían en casa a zamparse mis latas de judías y, para colmo, exigían una sesión de sexo sorprendente y novedoso, sin importarles un bledo que me quedara embarazada, porque, claro, a ellos les gustaba natural, sin impermeable. Le preparé a Frank una taza de café instantáneo y cuando se quedó dormido le eché una manta por encima y apagué la luz. Yo me quedé en la butaca, repasando el año y medio que llevaba en Londres, los hombres que había conocido en ese tiempo y el hartazgo que me producía tener que mantener los tacones y la cara impecables para cuando llegara el Don Perfecto que se suponía tenía que llegar algún día.

Supe que terminaría con él; era rico, desaliñado, el típico hombre que se acuerda de comprarte pastillas para el mareo antes de un viaje. No os lo vais a creer, pero en cierto modo me daba lástima lo mucho que le preocupaba no haber recibido una educación, o que lo timase un florista, o que los camareros lo tomasen por un paletito irlandés. Como si los camareros no fuesen unos paletos italianos.

Yo podía mandarlos a tomar viento porque con mi desca-ro y mi guapura no tenía nada que temer, ni siquiera me importaba si caía bien o mal a la gente, que en el fondo es lo que más preocupa a casi todo el mundo. El que a la gente le caigas mejor o peor es cosa del azar, y, si acaso es culpa de alguien, es de los demás. Lo mismo pasa con el amor, sólo que en mayor medida. En fin, resumiendo: me casé con él y celebramos una boda por todo lo alto, con mucho alboroto y hasta una alfombra roja para llegar al altar. Bueno, no era exactamente una alfombra, sino una especie de tela de pana. Pero ya me encargué yo de no hacer ningún comentario al respecto, de lo contrario se habría puesto hecho una furia allí mismo y habría llamado a los fotógrafos para que sacaran fotos que sirvieran de prueba. Nos casó el abad de uno de los monasterios que había construido la cuadrilla de Frank. La boda tuvo de todo, hasta discursos sobre *hurling*, sobre la felicidad y sobre toda clase de tópicos por el estilo. Llegaron noventa y cuatro telegramas. Más tarde me enteré de que Frank había dado instrucciones a la secretaria para que mandara muchos de ellos en nombre de varios obreros. Le habría dado un soponcio si no hubiera recibido más telegramas que nadie o si su discurso no hubiese sido el mejor, cosa nada difícil si tenemos en cuenta al plantel de invitados que tuvimos. Estuvo semanas preparándolo, imaginaos. Hasta contrató cuatro sesiones con una logopeda a domicilio. Yo habría pagado dinero, pero por no hablar como aquella buena señora que no hizo más que dar chillidos y pasarse horas repitiendo «aaa» y

«ooo». Era una de esas inglesas gordinflonas que siempre están comiendo pan; una repipi, eso es lo que era.

Como es natural, en la boda todos nos emborrachamos, y cuando nos disponíamos a subir al avión a París (yo me había cambiado y llevaba un traje sastre azul celeste), no nos dejaron pasar por el estado lamentable en que se encontraba Frank. Armó una escandalera, diciendo que no sabían con quién estaban hablando, y que su mujer llevaba nada menos que un Balenciaga. En fin, al final nos quedamos en tierra, y si me quité un peso de encima fue únicamente porque no quiso acostarse conmigo aquella primera noche; aquélla era mi única preocupación. Esa faceta suya era la que más me disgustaba. Me agradaba que tuviera dinero y que fuese un poco desastre, y no me importaba que me agarrase de la mano en el cine, pero no tenía ninguna prisa por acostarme con él. Todo lo contrario.

Incluso se lo confié a mi madre. Casi nunca hablaba con ella de nada, porque cuando cogí la escarlatina (a los cuatro años) ella no tuvo otra cosa que hacer que mandarme a una zona de habla gaélica para que aprendiera la lengua. En realidad su intención fue librarse de mí para no tener que cuidarme (ya que la criada estaba por aquel entonces de vacaciones), pero organizó la treta del gaélico para no quedar como una bruja. No llevaba allí ni un día cuando tuvieron que ingresarme. Me obligaron a dictarle cartas: «Querida mamita (“yo no soy tu madre, soy mamita”, solías decirme), ya me estoy poniendo buena, esta mañana he bebido zumo de naranja con pajita. Os quiero mucho a ti y a papi, querida mamita».



No es que quiera hacerme la mártir; simplemente, no hablaba mucho con ella, pero le comenté aquel suplicio físico y ella me dijo que no me preocupara, que apretara los dientes y lo soportase. Según ella, la mayoría de los matrimonios se echaba a perder por culpa de la atracción física, porque ésta era como una especie de droga. «Droga» era la palabra comodín de mi madre para cualquier cosa que sirviera para evadirse. Pero no le guardo rencor. Nunca he esperado que los padres provean de algo más que un certificado de nacimiento y, si acaso, algún que otro par de zapatos de vez en cuando. Me dio aquella respuesta porque a ella también le convenía. En realidad, así es como Frank nos ganó a todos: a golpe de billetera. Si mi madre estaba en Londres dándose la buena vida era gracias al dinero de Frank: pedicura, ropa nueva, cócteles a diario en los bares de los hoteles, tras lo cual íbamos todos (porque él nunca se ponía en movimiento si no era con un séquito de al menos diez o doce personas) a algún tugurio donde un pianista chabacano —hombre o mujer— tocaba de punta en blanco. Como si todo aquello tuviese algún interés. Pero mi madre disfrutaba de lo lindo. «Tu Frank es un buen hombre», me espetaba desde el otro lado de la mesa de alguno de aquellos espeluznantes agujeros, y a continuación lo buscaba con la mirada, alzaba su copa y exclamaba: «¡A ver, Frank...!», y ambos brindaban por mí, el puñetero chivo expiatorio. Veinte años atrás, ella ni siquiera le habría permitido usar el retrete del jardín de nuestra casa. Pensaréis que guardo mucho resentimiento hacia mi madre,

pero no es así. Murió poco después de aquello. Tuvo cáncer de estómago y sólo duró unos meses. Creo que en sus últimas veinticuatro horas de vida quiso luchar, a grito pelado; el día de su muerte la añoré más de lo que hubiese imaginado. En mi opinión, uno siempre cree que las vidas de los demás cambiarán a mejor, o que nuestra relación con ellos mejorará; pero en cuanto la gente muere, te das cuenta de que nada de eso será ya posible.

En fin, qué le vamos a hacer. Nosotros nos mudamos a una casa muy elegante. Adoro el olor de las casas y las tiendas distinguidas, con flores, alfombras... Si de mí dependiera, engalanaría el mundo entero con flores y alfombras. La casa daba al Támesis: excelentes vistas, doble acristalamiento, alarma antirrobo, puertas blindadas... De todo. Muchos elementos eran puro capricho, cuadros estrafalarios y habitaciones decoradas como si fuese el Vaticano. Sacaron nuestro cuarto de baño en una revista de moda, y yo también salía en el reportaje sentada en un sillón de mimbre. Compramos docenas de ejemplares para mandar a nuestros conocidos en Irlanda. Estuvimos durmiendo en camitas separadas hasta que Frank leyó que ya no estaban de moda y compró una monstruosidad con cabecero de madera escandinava. Se acabó la tranquilidad. Aparte de todo lo demás, en sueños se mueve más que un perrillo, y pasa la noche dando patadas, resoplando y cambiando de postura cada cinco minutos.

La Brady también regresó a Londres; al parecer, la naturaleza y el-silencio-nocturno terminaron por cansarla. Quedábamos con frecuencia para contarnos nuestras

desgracias. Su vida era como un capítulo de la Inquisición. Al marido no le parecía bien que saliera a ninguna parte, y pretendía que se quedase siempre en casa cuidándole las hemorroides. Un día apareció con un brillo especial en la mirada.

«¿Qué te pasa?», le pregunté. Debí habérmelo figurado. Se había enamorado de otro, la historia de siempre. Empezó a hablarme de él, toda entusiasmada; daba ganas de vomitar. Resultó que era un hombre de categoría. Venían a mi casa por las tardes para tomar el té y charlar, y yo solía marcharme para que tuvieran más intimidad, pero nunca pasaron más allá del salón. Luego llegaron los lamentos de los oprimidos. Yo esperaba que la cosa terminara de un día para otro, no le di mayor importancia. Lo cual demuestra lo mucho que puedo llegar a equivocarme.

—¿Qué es lo que tiene piernas largas y zambas, y una cabeza diminuta sin ojos...? —repitió Cash, su hijo, por quinta vez mientras paseaban junto a un lúgubre estanque cogidos de las enguantadas manos.

—¡Un espantapájaros! —aventuró Kate.

—No. ¿Te rindes? —preguntó el niño, impaciente por demostrar sus conocimientos.

—Dame una oportunidad más —pidió, y acto seguido dio otra respuesta equivocada—: ¡una espantapájaros!

El niño estalló en carcajadas agudas y forzadas, reacción que solía tener para introducir algo de alegría en sus vidas.

—¡Unas tenazas! —exclamó triunfante, y ella se agachó y apretó su húmeda nariz contra la del niño.

Tenían que darles de comer a los patos para poder resguardarse del frío lo antes posible. El estanque estaba congelado en algunas zonas, y los patos se movían entre placas de hielo flotantes. Uno de ellos se posó en un pedazo de hielo, del que no tardó en apearse debido a la poca estabilidad que ofrecía. Cuando vieron el pan, avanzaron pegados a la orilla y tres cisnes salieron del agua